

1968, AÑO DE MASFERRER

ALBERTO MASFERRER

¿QUE DEBEMOS SABER?

CARTAS A UN OBRERO



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

*Primera edición
(s. e.) (s. f.)
San Salvador.*

*Segunda edición
Imprenta Funes
San Salvador, 1947.*

*Tercera edición
Imprenta Funes
San Salvador, 1947.*

*Cuarta edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1957.*

*Quinta edición
Dirección General de Cultura
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1968.*

*Dibujo de
CAMELO MINERO
Portada de
ANTONIO FLORES HERNÁNDEZ*

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

NOTA EDITORIAL

A cien años del nacimiento de Don ALBERTO MASFERRER¹ —24 de julio de 1868—, sus ideas proféticas siguen vigentes en nuestro país y en muchos otros pueblos de similar índice de desarrollo.

¿QUE DEBEMOS SABER? es la respuesta de Masferrer a la insinuante interrogación de un obrero —Don José Mejía— de esos que, conscientemente, fueron poniendo hitos para un movimiento laboral despierto y vigilante ya no sólo de los apremios del taller o la fábrica, sino de algo que trasciende esos límites para poner su pie en el mundo de la cultura.

Esta obra se reedita en la colección CUADERNOS, como un sincero homenaje a este apóstol salvadoreño en el centenario de su nacimiento.

Masferrer nos hizo accesible el Evangelio de Cristo antes de que el Concilio Vaticano II, bajo los iluminados Juan XXIII y Paulo VI, agilizara la estructura de la Iglesia Católica para

¹ Don Alberto Masferrer nació en la población de Tecapa (hoy Alegría). Murió en la ciudad de San Salvador, el 4 de septiembre de 1932, a los sesenta y cuatro años de edad.

ponerla a tono con el mundo actual lleno de zozobra y de angustia.

¿QUE DEBEMOS SABER? contiene un amplio Plan de Estudios para la escuela elemental, puerta de entrada para toda cultura de niveles más altos. Pero va más allá del simple esquema de materias, pues lo presenta con una honda filosofía educativa vitalista, humana, redentora. Lo afirmamos con sus propias palabras:

“Forja bien a tu hijo: pon todas tus fuerzas; junta cuantos rayos de luz vagan dispersos en tu alma, y empléalos en esa obra de vida o muerte”.

La Dirección General de Cultura, por medio de su Dirección de Publicaciones, se adhiere al homenaje de todos los salvadoreños que han visto en Masferrer a un guía espiritual cada vez más actual y más persistente.

LA VERDAD OS HARA LIBRES

SR. don José Mejía.

Me pregunta Ud.:

¿Qué debe saber un obrero para ser instruído?

Definiré ante todo algunas palabras, para que ambos estemos colocados en un mismo punto de vista.

Obrero es la persona que gana su vida ejerciendo un oficio manual, por ejemplo: un carpintero, una costurera, un herrero, un sastre, un zapatero.

Saber es poseer el conocimiento pleno de una cosa; de tal manera que puede ponerse en práctica en todo lo que tenga de practicable. En este sentido se dice que *saber es poder*, y también, *que saber es hacer*.

Instruído es el hombre que posee conocimientos científicos, extensos y sólidos.

¿Qué debe saber un obrero para ser instruído?

Convengamos desde luego, en que, *por ser obrero*, por ganarse la vida ejerciendo un oficio manual, *no se destruye ni se adultera la naturaleza mental del hombre*. Los poderes mentales

de un obrero son, *sustancialmente*, los mismos que los de un artista o de un hombre de ciencia. Si la mayoría de los obreros aparecen como hombres de ruda inteligencia, es porque gastan en el trabajo manual la mayor parte de su tiempo y de sus fuerzas; porque no ejercitan o ejercitan muy poco sus fuerzas mentales. Si en vez de trabajar así como lo hacen, ejercitaran simultánea y proporcionadamente sus facultades físicas, intelectuales y estéticas, los más de entre ellos alcanzarían una mentalidad tan vigorosa como la de los más ilustrados intelectuales.

Digo, por lo menos, porque, en realidad, los hombres que han sido educados por ese sistema, y continúan viviendo según el mismo, son más inteligentes, más capaces de sentir la belleza que los que se especializan en una sola clase de trabajo.

Esta forma de educación y de vida es la que llaman los anarquistas *educación integral, vida integral*, y según ellos, así vivirán todos los hombres en una sociedad bien integrada: trabajando con las manos y con el cerebro.

Deteniéndose a meditar en lo que antecede, se advierte que hacen una labor inútil los que se interesan por los obreros, si ante todo no se esfuerzan en volverles a su condición normal de

trabajadores intelectuales y manuales; lo cual no es posible si no se les deja tiempo suficiente para instruirse.

Convengamos, en segundo lugar, en que *tampoco se destruye ni se adultera la naturaleza moral* del hombre, por el hecho de ser obrero: en otros términos, en nada se rebaja un hombre por que gane su vida con el trabajo de sus manos.

Así es que el derecho de los obreros, como clase social, a intervenir en el manejo de la comunidad, no puede ser discutido. No forman una clase inferior; no son una *masa*, un gremio condenado siempre a tutela, a ser gobernado eternamente por los intelectuales.

Aunque en teoría nadie sostiene lo contrario, no es lo mismo en la práctica, pues no solamente la autoridad y los privilegiados de las otras clases sociales manifiestan a menudo con sus actos su menosprecio por los obreros, sino que estos mismos demuestran en muchas ocasiones, que se sienten inferiores, acudiendo hasta para las cosas más triviales y fáciles, al consejo y a la resolución de un abogado, de un médico, de un periodista, de cualquier intelectual.

A fuerza de oírse llamar y de verse tratar como inferiores, han llegado a creerse tales, y tan penetrante ha sido el efecto

de esta sugestión en muchos de ellos, que se escandalizan y enojan cuando alguno intenta demostrarles que valen tanto como los *señores*. Hablo así, refiriéndome especialmente a los obreros salvadoreños, en quienes está muy arraigado ese sentimiento de impotencia.

Afirmo, pues, que los trabajadores manuales (obrerros o campesinos) tienen el mismo derecho que los llamados intelectuales a adquirir una instrucción extensa y sólida, y que su capacidad mental es sobradamente intensa para adquirirla, siempre que la ejerciten en condiciones adecuadas. Que el obrero manual se encuentre bien alimentado, habitando una casa cómoda y sana, bien abrigado y con cuatro o cinco horas libres cada día para entregarse al estudio, y le veremos elevarse a la altura de los más vigorosos intelectuales.

Este fenómeno, de que no conozco en este país ningún caso, presenta ya numerosos ejemplos en Europa y no pocos en Sud América. Yo mismo traté en Chile a varios obreros que, sin abandonar su oficio, han adquirido un caudal de conocimientos mayor que el de varios de nuestros literatos y profesores.

Uno de esos trabajadores, un joven impresor de Santiago, me inició en el estudio de las obras de Eliseo Reclús. Un car-

pintero, Ignacio Mora, a quien Ud. conoció aquí hace algunos meses, me puso en las manos las primeras obras de Spencer. Otro carpintero, Clodomiro Maturana, muy versado en Higiene, me hizo conocer a Eduard Carpenter, original y profundo pensador inglés. Luis Olea, pintor decorador, escribe sentidos versos, prosa clara y juiciosa, y piensa con raro acierto en sociología, moral y estética. José María Pizarro, zapatero, de Valparaíso, es hombre de extensas y meditadas lecturas.

Puedo asegurar que si Ud. oye hablar a cualquiera de estos señores, o a otros cuyos nombres no recuerdo, y no le han dicho antes quiénes son, Ud. los tomará por literatos o profesores. No son más que obreros manuales, que esforzadamente roban tiempo a sus quehaceres para dedicarse al estudio, y que gastan en libros cuanto pueden ahorrar.

Todos ellos, si lo quisieran, entrarían en otra clase de vida, dejando enteramente su oficio; pero aman el trabajo manual, y opinan que un hombre completo debe trabajar con el cerebro y con las manos.

Tome Ud. nota de que se trata de obreros colocados en condiciones ordinarias: ninguno de ellos es jefe de taller, ninguno de ellos es rico; son, simplemente, obreros que saben bien su

oficio, que ganan regulares salarios, y que se esfuerzan por instruirse.

Si en condiciones tan desventajosas pueden los obreros cultivar su inteligencia con tal éxito, ya puede suponerse lo que harían encontrándose con las ventajas de una buena alimentación, casa higiénica, vestido adecuado y tiempo libre suficiente para dedicar al estudio.

Había olvidado que Juan Grave, pensador francés de excepcionales dotes y autor de obras ya célebres, es zapatero e impresor, y —para hacer una ligera excursión al pasado— que San Pablo, uno de los hombres más grandes que han existido, al decir de Renán, no quiso jamás dejar su oficio de tapicero, con el cual ganaba su vida durante sus largas peregrinaciones.

ACEPTADO que la condición de obrero no es especial ni principal en el hombre, sino accidental y subordinada (pues consiste simplemente en una de tantas maneras de ganarse la vida), la pregunta *¿qué debe saber un obrero para ser instruído?* ya no tiene razón de ser, y debe sustituirse por esta otra:

¿Qué debe saber un hombre para ser instruído?

He aquí la cuestión en su verdadero terreno.

* * *

Como la naturaleza es infinita en fuerzas y en aspectos, es claro que el número de verdades o *aspectos de la Verdad* que pueden conocerse, son también infinitos. La ciencia es, pues, inagotable, y cuando se dice que un hombre sabe mucho, sólo se da a entender que es menos ignorante que otros.

De aquí se deduce que los conocimientos que un hombre debe adquirir en primer lugar, ya que por fuerza han de ser limitados y relativos, *deben tener un carácter práctico y deben subordinarse a un fin conocido, realizable y necesario.*

Este fin, que todo hombre conoce, que todo hombre puede y debe realizar, no es otro que el de *procurarse a sí mismo y procurar a los demás una vida feliz*.

Ser dichosos: tal es el objetivo de la Religión, (*) la Moral y la Ciencia nos señalan, dándonos también los medios de alcanzar ese objetivo.

La Religión marca el rumbo, diciéndonos: seréis felices haciendo felices a los demás.

La Moral dice: haréis felices a los demás, siendo justos, es decir, respetando todos sus derechos. La Ciencia dice: respetaréis los derechos de los demás, haciendo que todas sus facultades se ejerciten en las condiciones que les son necesarias, o en

(*) Llamo religión al sentimiento o conciencia de que nuestra vida no es un fenómeno aislado ni casual, sino dependiente de una Vida Superior, parte de un Gran Todo; y que, en consecuencia, la ley particular y esencial de nuestra existencia consiste en secundar la Voluntad o Ley Universal de la cual dependemos.

Siguiendo las doctrinas de Mazzini, de Tolstoi, de Carlyle y de Henry George, opino que sin ese sentimiento religioso, sin la creencia firme de que, *aunque se escape a nuestra comprensión*, existe una Suprema Ley de Justicia con la cual, en una u otra forma, en este o en otro tiempo, en este o en otro mundo, han de ser confrontadas las vidas de todos los seres, sin esa conciencia religiosa, decíamos, ni los individuos ni las sociedades son capaces de realizar nada trascendental ni estable en favor de la libertad y del bien de los hombres.

otros términos, haciendo que su cuerpo y su espíritu vivan normalmente.

Deducción: Aquellas ramas de la Ciencia *que enseñan cuáles son las condiciones normales de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu; aquellas que enseñan cuáles son las funciones naturales del ser humano, y de qué manera hemos de conducirnos para no impedir ni adular su cumplimiento; aquellas, en fin, que nos enseñan cuáles son nuestros derechos y cómo se les garantiza*, constituyen *esencialmente* la instrucción racional y *necesaria* de todo hombre; son la base de toda otra especie de conocimientos, sin la cual éstos serán inútiles o perniciosos. (*)

En último análisis, estos ramos del saber se reducen a la Moral, en su sentido más amplio, que es la ciencia de los derechos y de los deberes humanos, y cuyo fin es enseñarnos *cómo se ha de vivir*.

* * *

Conviene notar que se dice una redundancia cuando se habla

(*) Por carecer de esta base, por no haber asentado su ciencia sobre este carácter humanitario del saber, vemos a ciertos hombres de rara ilustración convertidos en instrumentos de tiranos y de explotadores, o en espectadores indiferentes de toda clase de maldades y estupideces.

separadamente de derechos y de deberes, pues, en realidad, no son sino una misma cosa: Juan y Pedro viven en sociedad, ¿cuáles son los *deberes* de Juan? —respetar los derechos de Pedro. ¿Cuáles son los deberes de Pedro? —respetar los *derechos* de Juan. ¿Cuáles son los derechos de Juan? —exactamente los mismos que tiene Pedro.

Así, pues, si yo conozco mis derechos de hombre, ya conozco los derechos de todos los demás hombres, y por consiguiente sus deberes y los míos.

He de insistir en que sólo la ciencia puede enseñarnos el conocimiento detallado y comprobado de tales derechos y deberes, y que éstos jamás deben asentarse únicamente en los meros preceptos de un hombre o de un grupo de hombres, llámense representantes de Dios o de la Ley, sino que para saber si esos preceptos merecen obediencia, hemos de compararlos con la norma que nos dé la ciencia, y si no resultan conforme con ésta, tenerlos *como una violación* de nuestros verdaderos derechos.

Fijemos, antes de pasar adelante, la definición de la palabra *derechos*. Derechos son aquellas funciones inherentes a nuestro ser y que, si no se cumplen ampliamente, producen la degeneración o la muerte. Por ejemplo, son derechos de todo hombre,

andar, respirar, comer, trabajar, descansar, pensar, dormir, oír, recrearse, instruirse, etc. El carácter común y esencial de estos derechos es el de ser *necesarios; orgánicos*; no sujetos a la sanción de la inteligencia y de la voluntad de los hombres, pues, al contrario, la sabiduría, la justicia y la bondad de los hombres consisten en dejar que esos derechos se cumplan libre y ampliamente.

Llegados aquí, y habiéndonos penetrado bien de esta materia, nos asombraremos al considerar qué suma de mentiras, de hipocresía y de perversión mental ha sido necesaria para desterrar de la memoria de los hombres, la naturaleza y hasta el nombre de sus verdaderos derechos, y qué suma de embrutecimiento ha sido menester para que haya sido posible sustituir en su conciencia, aquellos derechos ciertos y vitales, por simples simulacros de derechos, insignificantes y risibles desde que ya no conducen al mejor cumplimiento de los derechos naturales.

¡Es verdaderamente asombroso! Los mismos hombres que sufren con paciencia que se les asile en casas húmedas, estrechas, oscuras, donde todas sus fuerzas decaen y donde su vida se acorta sensiblemente, corren enfurecidos a matar y a que les maten, para defender *el honor de la bandera*; los mismos

hombres que consienten en vivir ellos y sus hijos, medio muertos de hambre y expuestos a toda clase de enfermedades por falta de nutrición suficiente, mientras que a un paso de ellos hay gentes que hartan a sus perros con jugosas carnes, esos mismos hombres asesinan y se hacen matar para que *el enemigo* no dé un paso más allá de la frontera; los mismos hombres que soportan vivir en la desnudez y en la ignorancia mientras que en torno de ellos reina el lujo y la instrucción se prodiga a los que menos la necesitan, esos mismos hombres niegan al extranjero *el derecho* de ciudadanía, y riñen a balazos por *el derecho* de elegirse un amo que les explote y les oprima.

En verdad, el alma del pueblo ha debido sufrir terribles y larguísimas presiones, para que así haya podido ensordecer a la voz de los instintos naturales que le gritaban cuáles eran sus verdaderos, útiles, necesarios y sagrados derechos.

Y ahora asistimos a este raro espectáculo: una revolución cual nunca se intentó semejante, acompañada de increíbles esfuerzos y de sufrimientos sin número, para enseñar otra vez a los hombres lo que las bestias saben: cuál es su verdadero destino: ¡vivir! vivir libre y plenamente, satisfaciendo todas sus necesidades corporales y espirituales.

HE aquí, pues, en conjunto, contestada la pregunta: “¿qué debe saber un hombre para ser instruido *racionalmente*?”

Debe saber, *en primer lugar*, cuáles son sus derechos naturales, y los medios de que se cumplan libre e integralmente.

Ese conocimiento primario y fundamental, garantizará la eficacia de sus esfuerzos para cultivar otros ramos de la ciencia y del arte; porque le harán fuerte, justo, bueno y libre, y la fuerza, la justicia, la bondad y la libertad, serán para su entendimiento alas de poderoso e incontrastable vuelo.

* * *

Detallar un programa fundado sobre las bases que dejo establecidas, no entra, por ahora, en mis propósitos; ensayaré apenas un esbozo para que el lector, siguiendo el natural desarrollo de estas ideas, pueda, por sí mismo, llegar a conclusiones prácticas. Pero antes contestaré una objeción fácil de prever, y es *que me separo constantemente de la cuestión propuesta*.

A la pregunta: *¿qué debe saber un obrero para ser instruído?* contesté refiriéndome a la instrucción que debe adquirir todo hombre. Se trata luego de averiguar cuál sería el programa de esa instrucción, y voy a contestar, refiriéndome a un tipo de sociedad que aún no existe sino en embrión y fuera de las agrupaciones civilizadas.

Pues bien, este sistema de estudiar el asunto es, en este caso, el mejor, el más racional. En efecto, cada vez que un enfermo pregunte *qué debe hacer*, el médico, si es juicioso y honrado, le dirá: debe usted curarse *radicalmente*. Y aunque el enfermo se empeñe en buscar sólo un paliativo a sus dolores, el médico insistirá en prescribir un tratamiento que asegure la curación completa.

Así nosotros —y por encima de nosotros, centenares de hombres de letras y de ciencias; millares de obreros, los más conscientes y buenos entre todos— sostenemos que la sociedad actual es un organismo viejo, gastado, enfermo, próximo a la descomposición. Una manera de ser en que nadie, salvo los mentecatos, los perversos y los santos, encuentran elementos de felicidad; un sistema de vida en que los goces accesibles a la mayoría de los hombres y los elementos de bienestar adquiridos ya

por la Humanidad, no guardan ninguna proporción; un estado, en fin, en que la miseria, la ignorancia, la opresión y el vicio reinan casi soberanamente, cuando sabemos con toda certeza que la Humanidad tiene sobradas conquistas materiales y espirituales para vivir en la paz, en la holgura, en la libertad y en la luz. (*)

El enfermo, pues, debe curarse de raíz.

Especialmente los obreros, no se comprende que puedan interesarse por mantener una organización que pesa sobre ellos con abrumadora pesadumbre. Ellos, verdaderas bestias de carga de las clases ricas; ellos, cuyas hijas son consideradas por los privilegiados como simple carne de placer; ellos, cuyo horizonte intelectual casi nunca traspasa las boberías que enseña la escuela primaria; ellos, cuya sangre derramada una y otra vez, hace el gasto de todas las veleidades, estupideces y perversidades de los políticos; ellos, cuya vida se encierra entre el taller, el cuartel y la taberna; ellos, repito, no se comprende que puedan buscar paliativos, sino que de una vez y con toda la de-

(*) Véase *La Conquista del Pan, Campos, fábricas y talleres* de Kropotkine, y *Problemas Sociales* de Henry George.

cisión de un esclavo que por fin se rebela, deben preguntarse: ¿qué haremos para emanciparnos?

Y a esa valerosa pregunta, verán que no hay otra respuesta que la que nosotros les damos; romper este viejo y estrecho molde en que se ahoga la sociedad actual, y encaminarse, sin vacilaciones, en busca de una organización más sabia y más justa.

Y —penétrese bien de esto—, esa liberación, esa emancipación, tiene que ser obra de ellos mismos. Porque ninguna verdad, ninguna libertad se conquistó jamás sin el propio esfuerzo.

Así lo han reconocido ya los trabajadores europeos y sudamericanos, y por eso se han entregado arduosamente al estudio, a la conquista de la ciencia emancipadora.

No hay otro camino; puesto que el saber es un arma y sirve para mantener esclavos a los trabajadores, arrójense éstos a conquistar esa arma, cultiven su inteligencia, y serán libres. (*)

(*) “Los maestros saben, escribimos en *Tiempos Nuevos*, y por experiencia muy dura, que a los gobiernos no les interesa *verdaderamente* la instrucción del pueblo; atienden a ella lo menos que pueden, y sólo hasta donde se lo impone la opinión pública. Los gobiernos gastan el dinero con gusto en la enseñanza de las clases ricas; pero un instinto muy certero les dice que no deben

instruir al pueblo que trabaja, porque si éste se instruyera, se acabarían muchas cosas que ahora son las dulzuras de la vida oficial. Así se explica esa diferencia *enorme, inconmensurable* que en todos los países existe entre las escuelas para el pueblo y los institutos para las clases ricas. Un director de escuela no suele ganar por un trabajo de todo el día sino lo que gana un profesor de instituto o de colegio por una hora diaria de clase, y a veces menos; en cuanto a los demás gastos, sucede que mientras el gobierno da millares para una biblioteca, laboratorio, o gabinete de un colegio, niega para las escobas de una escuela.

Este fenómeno es constante: hasta en los países que atienden más sus escuelas primarias, como la Argentina, el Uruguay, Costa Rica y las naciones más adelantadas de Europa, sucede eso mismo, que bien puede formularse como una ley, así: *todo gobierno tiende a gastar el minimum en la instrucción del pueblo; su labor en tal sentido, se halla regulada por las imposiciones de la opinión pública*".

DICHO esto, volvamos a nuestro programa de enseñanza: Respirar es el primero de nuestros derechos; respirar aire libre, puro y bastante. No podríamos vivir diez minutos sin respirar, y ninguna de nuestras funciones corporales y espirituales se cumplirá bien si no respiramos bien.

Se sabe que el aire es uno de los tres grandes elementos que forman el planeta; uno de los tres grandes focos de vida en que nacen y se desarrollan todos los seres terrestres. Es, de todos, el más sutil y penetrante, un océano inmenso en el cual el núcleo terrestre, con todas sus vastas aguas, flota como una grande isla. Tan esencial es para la vida este elemento, que la Naturaleza lo hizo el más libre de los cuerpos, como para que jamás los hombres pudieran enteramente monopolizarlo: “libre como el viento, libre como el aire”, decimos, cuando encarecemos el valor de la libertad.

Pues tan libre, ligero y sutil como es, ya encontraron la avaricia y la ignorancia el medio de reducirlo, encerrarlo y corromperlo; ya se hizo objeto caro, y sólo accesible siempre a los

ricos, porque sólo ellos pueden vivir en casas grandes y bastante aireadas; sólo ellos pueden siempre que lo deseen, alejarse de la viciada atmósfera de las ciudades para ir a respirar el aire puro de los campos.

Construir casas higiénicas, donde el aire entrara en abundancia, para todos los habitantes de cada ciudad, sería practicable y fácil, pero no es eso lo que importa a los capitalistas: su negocio está en obtener grandes rentas alquilando covachas; y en cuanto a la Autoridad, está siempre ocupada en hacer paseos para los elegantes, teatros para los elegantes, diversiones para los elegantes. (*)

Pero, en cuanto a nosotros, precisa que tengamos el concepto claro de las cosas, porque sólo así podremos corregirlas; precisa comprender que los que hacen su negocio alquilando covachas y pocilgas, y quienes encubren y protegen esos negocios, son gentes que viven del asesinato. Su negocio consiste, sencillamente, en hacernos llevar una vida achacosa e infeliz,

(*) Una Municipalidad de San Salvador ha encontrado *oneroso* para las rentas municipales, dispensar a las lavanderas de El Coro el pequeño impuesto que pagan al guarda-ropas. Gastarse millares de pesos en estatuas a Porfirio Díaz, en comilonas y bebetorias, eso no lo hallan oneroso.

en acortarnos considerablemente el tiempo que habíamos de vivir.

Se trata, pues, de una de las numerosas formas de asesinato, tan mal disimuladas en la presente organización social, bajo el nombre de *negocios* y de *operaciones*.(*)

Vemos, pues, sin necesidad de extendernos más sobre este punto, que la primera materia de nuestro programa de enseñanza debe ser la Higiene; cuyo objeto es “determinar las condiciones generales de la salud y los medios de conservarla”.

La higiene nos dirá qué cantidad de aire, de alimento, de trabajo, de descanso, de calor necesita nuestro organismo y en qué condiciones los necesita. Ella nos mostrará que la Natura-

(*) Sería interesante hacer el recuento de todos los que en la actual organización de la sociedad viven de *causar daño* a sus semejantes. Por extraño que parezca, *el causar daño* a los demás, forma un modo de vivir aceptado o escogido por numerosas gentes. El asesinato, lento, disimulado, disfrazado bajo diversas formas, constituye el fondo de variadas profesiones, algunas de ellas honorables. Sin contar a los ladrones y asesinos francos, excomulgados por las leyes, es indudable que caen bajo la misma jurisdicción: los militares, cuya educación y objetivo son dar muerte a aquellos a quienes *un superior* les designe como enemigos; los carceleros de toda categoría, que privan de movimiento, luz y aire puro a los encarcelados; los que venden medicinas falsificadas o adulteradas; los que comercian con bebidas alcohólicas; los que fabrican y venden toda clase de armas de combate; los dueños de casas de juego y de prostitución; numerosos jueces y abogados que sobresalen en

leza está por encima de los hombres, y que éstos, cuando sus leyes son contrarias a las de la Naturaleza, deben ser considerados como enemigos nuestros, y en ninguna manera obedecidos.

encarcelar gente; los oradores y periodistas que apoyan y fomentan las guerras entre los pueblos; los mismos periodistas que explotan la crónica de los crímenes sensacionales, tan sugestiva de nuevos delitos; los autores y vendedores de libros obscenos; los empresarios y cómicos del teatro lascivo, tan en boga en estos tiempos; los usureros, los sacerdotes que bendicen las armas de los que van a combatir y los que celebran con tedeums la vuelta de los ejércitos victoriosos; los maestros de esgrima; los defraudadores del tesoro público; los gobernantes que encarecen y dificultan la vida sobrecargándola de contribuciones y otros muchos más. Examinense a fondo las funciones de todos éstos, y se verá que, directa o indirectamente, pero de una manera *consciente*, su vida, su fortuna, su éxito, dependen del *mal causado a los demás*, y que, de una u otra manera, acortan la vida o perjudican la salud de sus semejantes.

DESPUES del aire el pan:

Ese *pan nuestro de cada día*, santificado y consagrado por las religiones; ese pan a que se refería Jesús cuando expresó que, “digno es el trabajador de su alimento”; ese pan de que las bestias de los campos y los pájaros de los aires no suelen carecer sino cuando falta para todos; ese pan que, ingerido por nuestro organismo se convierte en fuerza, alegría y pensamiento; ese pan, que es la vida, y que siendo naturalmente el premio del trabajo, debería sobrar a los trabajadores; ese pan rueda abundante de la mesa de los ricos ociosos, y falta enteramente a veces, o escasea casi siempre, en casa de los que *riegan la tierra con el sudor de su frente*.

¿Por qué los que siembran, cuidan y cosechan el pan han de carecer de él? ¿Por qué el campesino que soporta todas las fatigas del trabajo agrícola ha de vivir hambriento, mientras el ocioso burgués que jamás ha trazado un surco ni abrió jamás un hoyo, vive en la abundancia? ¿Es esto lo que llaman orden social? ¿A esto es a lo que llaman república y civilización?

Tan injusto y torpe desorden no tendrá remedio mientras no se alcance la liberación de la tierra: de la tierra que, lo mismo que el aire y el agua, no pueden ser objeto de monopolio sin que se cometa el mayor de los crímenes contra Dios y los hombres.

¡La liberación de la tierra. . . ¡qué hermoso, justo y bienhechor ideal, (*) y cuán digno de que le consagren su vida todos aquellos que se lamentan de no tener en qué emplearla!

(*) En nuestra tierra salvadoreña abundan los jóvenes que viven quejándose de que “en este país no hay un ideal por el cual se pueda vivir y luchar. La Universidad y los colegios arrojan año por año una oleada de pesimistas, a quienes la vida les abruma, la ciencia les entenebrece el camino, y los libros no les enseñan sino a proferir maldiciones contra *el medio ambiente*. El medio, dicen, tiene la culpa de todo; en este medio no se puede ni ser sabio, ni ser artista, ni propagar ninguna idea, ni siquiera ser honrado”. ¡Ni siquiera ser honrado! Lo son, sin embargo, y hacen una vida laboriosa y esforzada, millares de campesinos, de artesanos, de peones, de comerciantes, de jornaleros, de maestros de escuela, y otros muchos que no han pasado por la Universidad ni tienen diploma.

Los intelectuales únicamente profesan la doctrina de que este medio nuestro sólo puede producir tiranía, egoísmo, codicia y pereza.

Los jóvenes salen con ese desencanto, de los colegios y Universidades donde han permanecido diez o doce años; hay, pues, motivo para suponer que las enseñanzas que ahí reciben son esencialmente perniciosas.

Semejantes doctrinas no se predicán en la mayoría de las veces, sino para justificarse de acciones harto censurables; “si *forzosamente* aquí sólo pueden producirse la vanidad, la ambición, la mentira, el despotismo, la ig-

Desgraciadamente, la tierra no es como el aire, y los hombres pueden monopolizarla y esclavizarla.

Y la han esclavizado. La tierra es de unos pocos, donde quiera que existe la civilización. La mayoría de los hombres, en los países civilizados, no poseen un pedazo de tierra ni un rincón donde levantar una cabaña.

norancia, y el parasitismo, nadie podrá reprocharnos que seamos venales, ambiciosos, farsantes, déspotas y parásitos". La conclusión es lógica, pero su fundamento es falso, puesto que, según hemos dicho, y puede comprobarlo cualquiera, la mayoría de los salvadoreños —los que viven *trabajando*—, no son más venales, mentirosos, holgazanes, etc., etc., que los habitantes de otros muchos países. Hasta es facilísimo comprobar que los salvadoreños trabajadores, que son los más, sobresalen por su honradez, constancia, esfuerzo y laboriosidad.

Son, pues, los intelectuales decepcionados los que, en justicia deben cargar con la malísima reputación que pretenden achacar a todo el país.

En cuanto a los jóvenes, están siendo víctimas de la más perversa de las sugerencias: 1º Porque siendo los ideales cosas no realizadas aún, y muy dignas de realizarse, es evidente que, en países atrasados y enfermos como el nuestro, que es donde mayor número de cosas buenas hacen falta, se presentarán más ideales que soliciten el esfuerzo de las voluntades vigorosas y nobles. 2º Porque es más falso, ridículo, afirmar que el individuo ha de ser rigurosamente igual al medio social ambiente. Si existe el progreso, si los hombres no son ya caníbales; si, ascendiendo desde las especies inferiores han subido hasta constituir la especie humana tal como existe ahora, ello se debe *¡precisamente!* a que el individuo nace con suficientes capacidades para mejorar el medio de donde ha salido. Enseñar lo contrario es tan erróneo como inmoral.

Pero ¿a qué equivale despojar al hombre de la tierra? Exactamente a quitar a los pájaros el aire, y el agua a los peces. Privados de su elemento natural, perecen o degeneran rápidamente, convirtiéndose en seres monstruosos o deformes.

El hombre es un animal terrestre, lo mismo que el caballo, el ciervo y el buey. No siendo animal acuático ni del aire ¿de dónde había de ser? ¿Y cómo se quiere que el animal humano no se deforme y se corrompa si se le priva de su natural elemento?

Para el hombre, la tierra es el manantial de toda vida: su alimento, su vestido, su habitación vienen directamente de ella; su fuerza, su salud y su independencia, también de ella proceden. El hombre es, propiamente, aquel Anteo de la fábula griega, que si tocaba la tierra con los pies se volvía invencible, y cuando dejaba de asentarse en ella perdía su valor y sus fuerzas.

Estos hombres de las ciudades, nacidos y criados en un estrecho cuarto; estos hombres a quienes la verja de un jardín les hace horizonte; estos hombres que van a respirar *aire libre* a una plaza de cien metros cuadrados, ahogada entre oficinas y almacenes ¡cuándo van a sentir la necesidad de ser libres, ni los impulsos de altivez de aquellos que nacieron en pleno cam-

po, ejercitaron sus músculos y sus pulmones trepando a las cimas de los montes, y acostumbraron sus ojos a la contemplación de los horizontes infinitos!

Dentro del mismo sistema que rige ahora en las naciones civilizadas(*) se reconoce que el ideal de prosperidad se colma en un país cuando la tierra está muy repartida. Los pueblos

(*) Hagamos constar que para la generalidad de los lectores, *civilización* es sinónimo de *perfección*, de *bienestar*, por más que, en realidad, resulta que en los países reconocidos como civilizados, reinan las enfermedades, los vicios, la ignorancia y la opresión, más intensa e intensamente, muchas veces, que entre los salvajes. Se trata de un dogma tan falso y contrario a la evidencia como los más absurdos de las religiones. La creencia en que la *civilización trae la felicidad* de los pueblos, no vale más que el dogma de la Trinidad o el de la infalibilidad del Pontífice Romano; solamente que éstos son aceptados por gentes a quienes se juzga ignorantes, mientras que aquélla está aceptada por muchos que se suponen ilustrados.

En realidad, la palabra *civilización* no es sinónimo de perfección, ni siquiera de bienestar, sino un vocablo impreciso, vago, oscuro, que encubre bajo su dorada significación aparente, los hechos más monstruosos, el egoísmo más refinado, los sufrimientos más horribles para la mayoría de los hombres, para los más dignos de ser felices.

Casi ninguno de los que se ufanan de la *civilización*, sabría decir *qué es*, en qué consiste, dónde empieza y dónde acaba.

¿Es civilizado un país que tiene telégrafos, o necesita, además, de teléfonos?

¿Es civilizado un pueblo donde la mitad de los habitantes sabe leer y escribir, o no lo será mientras no lo sepan las dos terceras partes?

¿Hay civilización donde sólo hay carreteras, o debe haber también fe-

agricultores son los más ricos, sanos, honrados e independientes entre todos, a condición de que los propietarios de la tierra sean el mayor número.

¿Pero quién no ve claro que ese ideal es menos accesible

rocarriles?

¿Es indispensable a la civilización el automóvil, o le bastará con la bicicleta?

¿Son civilizados los hombres que usan zapatos, y no lo son los que usan caites?

No, no es posible fijar el significado de tal palabra, y mucho menos demostrar que significa un estado social benéfico a la mayoría de los hombres. La razón por la cual todos hablamos con entusiasmo y reverencia de la civilización, es porque *suponemos* que en los pueblos civilizados, existe un equilibrio tan completo entre el progreso moral, el intelectual y el material, y se hallan de tal manera ensanchados y *esparcidos* esos progresos que todos o casi todos los habitantes de tales países deben sentirse relativamente felices.

Pero, ¡qué ilusión es ésta tan frágil y tan mentida! El hecho permanente, el más extenso, el más tenaz, el más característico de esos pueblos cultos, es la *miseria*, una miseria tan grande, que “mata de hambre” a millares de personas, y hace sucumbir por falta de alimento, abrigo y descanso, antes de que lleguen a los treinta años, a más de la mitad de los trabajadores.

Saber, placeres de la mesa, casas lujosas, goces artísticos, viajes de estudio y de recreo, comodidades sin término; eso es la civilización, PARA UNOS POCOS, para los privilegiados. Para la inmensa mayoría de los hombres, es ignorancia, hambre, frío, trabajo sin descanso, estupidez, vicio, prostitución y muerte.

No debía ser así, pero *así es*.

Quien desee estudiar a fondo este asunto, lea *Progreso y Miseria* de Henry George, y *Pobreza y Descontento* de Makarios Zoides.

cada día, a medida que se hace más inmenso el monopolio de la tierra?

¡Monopolio de la tierra! Verdaderamente, es difícil hallar una frase más irritante ni que signifique un absurdo y una injusticia mayores. ¿En virtud de qué pueden los hombres monopolizar la tierra? Todos los argumentos, más o menos aceptables con que se defiende la propiedad privada, aparecen como burdas patrañas cuando se trata de justificar el monopolio de la tierra. Porque ésta no es, ni en apariencia, obra humana, sino que es cosa tan anterior y superior al hombre, como el firmamento respecto de una golondrina. Una calandria que, anidando en el extremo de la más pequeñita rama de una ceiba, quisiera luego apropiarse todo entero el gigantesco árbol, no nos parecería tan ridícula como el hombre queriendo apoderarse de la tierra.

“El suelo, dice Carlyle, no es sino de Dios, y de ser de alguien más, sería del trabajador que la cultiva”.

“Sólo una cosa hace falta, dice Tolstoi, para que los trabajadores sean libres, y es destruir el acaparamiento de la tierra por los propietarios que no la trabajan. Esto es lo que deben pedir, exigir de sus Gobiernos, y esto no es pedir cosa extraña,

sino la satisfacción de su derecho más indiscutible y esencial: el derecho que todo ser tiene a vivir sobre la tierra *y a sacar de ésta su alimento, sin pedir permiso a los demás hombres*".

El suelo, para expresarnos más claramente, es uno de los agentes naturales, anterior y posterior al hombre. Es un agente natural lo mismo que el agua, el aire, la luz, la electricidad, el calor solar, y como éstos, concedido al hombre, a todos los hombres, como materia de trabajo. Y así como no concebiríamos que nacieran animales con alas si no hubiera aire para volar en él, ni animales con aletas natatorias si no hubiera agua para nadar en ella, no podemos concebir tampoco que la Naturaleza forme hombres con instrumentos de trabajo, si no hiciera antes un elemento que fuera la materia de ese trabajo.

Ese elemento es el suelo, la tierra.

Realizar la emancipación de ésta constituye el ideal más urgente, accesible por ahora a los hombres. Esta liberación vendrá a complementar la abolición de la esclavitud, infecunda hasta ahora y mientras no sea abolida la esclavitud de la tierra.

Porque, digamos la verdad, todo derecho humano viene a ser una palabra vacía, una irrisión si no se asienta sobre el derecho a la vida, sobre la libertad —posibilidad efectiva—

de vivir. Y esta libertad no existe para el hombre que carece de pan, de abrigo, de techo.

Y es la tierra la fuente siempre abierta de donde el hombre puede obtener esos elementos, mediante su trabajo. Así, pues, hombre libre y suelo esclavo, no son posibles; sino que el suelo libre es la condición esencial del hombre libre.

“El hombre, dice Henry George, es en primer lugar, un animal, un animal terrestre, que no puede vivir sin tierra. Todo lo que el hombre produce, viene de la tierra; todo trabajo productivo consiste, en resumidas cuentas, en trabajar la tierra, o la materia extraída de la tierra, para la satisfacción de las necesidades y los deseos del hombre. El mismo cuerpo del hombre proviene de la tierra. Hijos de la tierra. salimos de la tierra y a ella volveremos.

“Quitad al hombre todos sus elementos terrestres ¿qué otra cosa quedaría más que un espíritu sin cuerpo? Dedúcese de esto, que el hombre que posee la tierra de la cual o en la cual otro hombre ha de venir, es el amo de este último, el cual es un esclavo. El hombre que retiene el suelo en que yo debo vivir, dispone de mi vida o de mi muerte, en absoluto, como si yo fuese algo de su pertenencia. Hablamos de la abolición de la

esclavitud; no hemos abolido más que una de sus más duras formas: la esclavitud directa del cuerpo. Hay otra forma de esclavitud más vergonzosa, más insidiosa y más atroz: la esclavitud hábil que transforma al hombre en un verdadero esclavo, embaucándole y engañándole con la palabra libertad”.

Pero, se dirá, aun cuando todos los hombres posean el suelo, no todos querrán ni sabrán trabajarlo. ¡En hora buena! permanezcan esclavos aquellos que no tengan valor de hacerse libres trabajando y sucumban los que ya no tienen fuerza ni afición sino para la vida de rebaño. Por otra parte, no estamos escribiendo un *arte de hacer felices a todos los hombres*, ni creemos que ese arte se pueda jamás escribir. La felicidad, la escasa felicidad que nos está permitida en este mundo, no nos viene de fuera sino en proporción muy reducida; nos viene de adentro. Según sea la cantidad de amor, de fe y de religión de cada uno, así será más o menos feliz.

Lo que nosotros queremos es que haya justicia; que se dé a cada uno lo que es suyo; que se devuelva a todos los hombres la tierra que se les ha usurpado: después, allá verá cada uno el uso que hace de su heredad.

¡Emancipemos la tierra! Que al nacer, cada hombre encuen-

tre que es poseedor de una porción del suelo; que al llegar a la edad del trabajo, halle que tiene en qué trabajar; que, cualesquiera que sean las circunstancias de su vida, sepa que siempre habrá un rincón de tierra que le servirá de refugio y de amparo.

Tierra libre, y libre también cuanto sea necesario para trabajarla. Libres los caminos, libres la fabricación, introducción y uso de las herramientas, libre la compra y venta de los productos agrícolas; libres todos los elementos, factores, usos y productos del cultivo.

ACEPTADO que la tierra debe ser libre, y sabiendo que sólo de la tierra vienen el pan, el vestido y el techo, que son las tres necesidades primordiales del hombre, resulta que éste, si quiere instruirse racionalmente, debe aprender la agricultura.

La edificación —que es la construcción del hogar— incluyendo en ésta la fabricación del mobiliario. Y el vestuario: preparación, tejido y confección de los materiales con que nos vestimos.

A todo esto llamaba Bondareff *el trabajo del pan*: también puede llamársele, y así lo denominaremos nosotros, *trabajo primario*. Todo hombre, pues, debe ser labrador y artesano, y la agricultura y las artes manuales, deben constituir, con la higiene, las materias preferentes de su instrucción.

¿Quiere esto decir que todo hombre, debe saber y practicar a un tiempo la agricultura, la herrería, la zapatería, la albañilería y todas las demás artes que sirven a la satisfacción de nuestras necesidades primordiales? No, sino que todo hombre, a más de alguna de las formas del cultivo de la tierra, debe saber

y practicar alguna de las artes manuales, es decir, que todo hombre debe ser un trabajador primario.

Nos detendremos a considerar la significación legítima de la palabra *trabajo*, porque el uso corriente la ha adulterado y corrompido.

Llamo trabajo a la transformación de las sustancias comunes, a fin de satisfacer nuestras necesidades corporales y espirituales, o, como dije antes, nuestros derechos naturales. Las sustancias comunes son la tierra, el agua y el aire, y todas las cosas que directamente vienen de ellas.

La transformación de estas sustancias comunes se realiza por la acción de nuestros instrumentos de trabajo, ayudados por la acción de los agentes naturales. Los instrumentos de trabajo son los brazos, las piernas, los sentidos, la inteligencia; en una palabra, nuestros órganos y nuestro espíritu. Los agentes naturales son el calor, la luz, la electricidad y demás propiedades o manifestaciones de la materia.

Entendidas así las cosas, digo que todo hombre debe ser un trabajador, y que todos deben, en primer lugar, hacer el trabajo del pan.

No es, pues, trabajar, dirigir una casa de juego, ni poner

taberna, ni tener casa de usura, ni manejar un lenocinio, ni enseñar maniobras militares, ni decir misa, ni coleccionar estampillas, ni especular con los fondos públicos, ni otras ocupaciones semejantes, verdaderas falsificaciones del trabajo; hábiles maneras de pasar la vida a costa del trabajo de los demás.

Las mismas bellas artes, la misma ciencia, no deben considerarse sino como el premio del trabajo primario; son el recreo, el complemento de la vida, su parte graciosa y amable, y precisamente, para que todos puedan gozar de su luz, es necesario que todos lleven sobre sí una parte del peso de la vida, trabajando en la satisfacción de nuestras necesidades primordiales: alimentación, casa y vestido.

EL trabajo, hecho en condiciones normales, es por sí solo una excelente higiene. Todos sabemos que las gentes de las montañas, que viven del trabajo libre y con algún desahogo, alcanzan larga y saludable vida. Sin embargo, parece que no es dable a los hombres gozar de una salud perfecta, y que ningún estado social nos libraré enteramente de las enfermedades. Surge, pues, al lado de la higiene, que es el arte de conservar la salud, la medicina, que es el arte de restablecerla cuando se halla alterada. Encontrándose todos los hombres constantemente expuestos a caer enfermos o a sufrir un accidente, justo es que aprendan la manera de remediar esos daños y de recobrar la salud, que es el más precioso de los bienes. ¿Todos los hombres han de ser médicos, entonces? preguntará alguno, sorprendido de nuestra afirmación, extravagante al parecer. En efecto, la medicina es para todos los hombres un ramo del saber imprescindible, especialmente para los que son jefes de familia.

Algunas consideraciones servirán para explicar mejor nuestro pensamiento. Si se tratara de aprender las montañas de papel

impreso que constituyen hoy el estudio de la medicina técnica, es claro que no incluiríamos la medicina entre los conocimientos que debe poseer todo hombre; los más estudiosos y perseverantes apenas son capaces de leer con atención esos innumerables y enormes libros, cuyo valor científico no ha de ser muy grande, a juzgar por la rapidez con que se sustituyen y eclipsan unos a otros; por el número de enfermedades nuevas que aparecen de año en año, y por la constante y considerable renovación de los medicamentos, algunos de los cuales, como la antipirina y los cacodilatos, han nacido, crecido, brillado y desaparecido en menos de veinte años.

Desde que yo recuerdo, se ha dicho seis o siete veces *la última palabra* sobre la tuberculosis, y se han encontrado numerosos remedios de *infalible* eficacia contra ciertas enfermedades, que continuaron luego causando tantas víctimas como antes. Los sueros, el microbicidio, el masaje, la homeopatía, la electrohomeopatía, la hidroterapia, la electroterapia, el magnetismo, el hipnotismo, el herbolarismo, la opoterapia y otros varios sistemas, aparecen y desaparecen vertiginosamente, afirmando cada uno de ellos que es la última palabra de la ciencia,

que es el verdadero sistema curativo, y que en adelante los hombres triunfarán de todas las enfermedades.

Y lo que en realidad acontece, es que cada día hay más numerosas, extrañas e incurables enfermedades; de tal manera que uno acaba por preguntarse si no tenía razón Jámblico cuando afirmaba que “la medicina es hija de los sueños”.

No, no es hija de los sueños, sino una realidad digna de respeto, no sólo por sus relativos éxitos, sino, especialmente, por la heroica, tenaz y dolorosa lucha de los que a su estudio se consagran con miras elevadas. Si los esfuerzos de esos luchadores no alcanzan mayores resultados, es porque no pueden alcanzarlos; porque las enfermedades evolucionan; porque la especie humana está más enferma cada día, y no se puede triunfar de un mal que cambia constantemente el número y el carácter de sus manifestaciones.

Este estado crónico de enfermedad, más acentuado cada día, no es otra cosa que un reflejo, un producto del estado social. Cuanto más complicada y más alejada de la Naturaleza es la organización de la sociedad, cuanto menos sencilla y más refinada es la vida, más enfermiza es también; de tal manera que *civilización y enfermedad*, han venido a ser cosas inseparables.

Cierto es que ya no se ven en los pueblos más civilizados los estragos del cólera, de las viruelas y de la peste negra; pero ¿y el suicidio, que en solo Europa ocasiona sesenta mil víctimas por año? ¿Y la tuberculosis, tan extendida que se dice como aforismo que todos estamos más o menos tuberculosos? ¿Y la locura y demás enfermedades mentales? ¿Y la neurastenia, que en las naciones más cultas es ya una enfermedad hereditaria?

“La especie humana, dice Carpenter, si no quiere sucumbir, tendrá que volver lenta pero seguramente a la vida natural; la civilización, tal como ésta se entiende ahora y que no consiste sino en la violación más completa de las leyes de la Naturaleza, es una enfermedad; la causa y el resumen de casi todas las enfermedades, y sólo pueden salvarse de ella los pueblos que, conservando lo que verdaderamente merezca conservarse del progreso, abandonen resueltamente todo lo que en éste hay de absurdo, pernicioso e inútil”.

Imaginémonos, pues, que simplificamos y naturalizamos nuestra manera de vivir; imaginemos una organización social en que la higiene no sea una mentira ni un artículo de lujo; supongamos que todos los hombres lleguen a convertirse en trabajadores y que, por consecuencia, la estúpida y encarnizada lucha

que ahora sostenemos, unos contra otros, se convierte en lucha de los hombres unidos contra los elementos hostiles de la Naturaleza; imaginaciones, en fin, que los hombres alcanzan una organización pacífica, como la tienen ya las hormigas, los castores y otros animales y comprenderemos entonces que la medicina, hoy casi imposible de aprenderse, vendrá a ser un arte relativamente fácil, y accesible a todo el mundo.

Aun sin salirnos de nuestra época, encontramos ejemplos demostrativos de que el aprendizaje de la medicina es accesible a todos, dondequiera que la vida no es demasiado complicada. En nuestros pueblos de indios, en los numerosos caseríos y aldeas de nuestro país, no hay médicos titulados, y no falta, por cierto, quien cure a los enfermos, con el mismo éxito que los médicos de las ciudades. El conocimiento empírico de las plantas medicinales, ha llegado a ser popular; ciencia doméstica que se trasmite de padres a hijos y que cultivan especialmente las mujeres.

La tendencia a convertir en un arte sistemado el disperso caudal de conocimientos que llamamos medicina doméstica, se acentúa más cada día, y en todos los idiomas aparecen manuales prácticos, diccionarios, compendios y otros tratados en los

que se procura, a veces por notables médicos, simplificar, metodizar y popularizar el arte curativo.

Y, verdaderamente, si se pidiera a los médicos más sabios que encerraran en un libro todo lo que positiva *e indiscutiblemente saben y tiene eficacia en la práctica*, ¿puede suponerse que escribirían muchos volúmenes? Sin duda que no. Hasta nos atrevemos a pensar que si se tratara de hacer otro tanto con todos los conocimientos humanos que llevan el nombre de científicos; si se consignara en una obra únicamente lo que se sabe ya de manera evidente, y cuyo conocimiento fuera considerado por todos de indiscutible utilidad: nos atrevemos a pensar, decíamos, que semejante obra resultaría accesible a todas las inteligencias normales.

La ciencia es muy vasta, se dice; es un océano. Así es; pero si le quitamos todos los conocimientos dudosos o hipotéticos, todas las nociones inútiles, todas las teorías fantásticas, todos los juegos de palabras y toda la vanidosa hojarasca, el océano se convertirá en una laguna que podrá atravesar cualquier nadador sereno y ágil.

No hay, pues, inconveniente en incluir la medicina entre las materias que debe saber todo hombre que desee cumplir

bien su misión en la vida. Y aunque al incluirla nos referimos a un estado social futuro, creemos que debidamente simplificada, sería ventajoso comprenderla desde ahora en los estudios populares. Ya se ensaya así en varios países; en Alemania, en Francia, en España, en la Argentina, hay revistas consagradas a la *Medicina Natural*. Ese es el principio de la evolución que señalamos.

HAY una ciencia que debe ocupar toda la vida del hombre, desde que su razón despierta hasta que deja de vivir; tal es la moral o ciencia de la conducta, la más práctica e interesante de todas, pues de su conocimiento y aplicación depende que la humanidad avance o retroceda. En último análisis, la evolución progresiva del individuo y de la especie, dependen de la mejor o peor manera como cada individuo practique sus deberes para con los demás.

No es corriente la idea de que la moral sea una ciencia práctica; se cree, generalmente, que es un simple conjunto de teorías invariables, resumidas en el decálogo de Moisés o en cualesquiera otros mandamientos.

No matarás, no hurtarás, no codiciarás, etc., como dice Moisés, o no te enojarás contra nadie, no jurarás, no harás vida impura, etc., como dice Cristo. Más brevemente lo expresa todavía la frase: no hagas a otro lo que no quieras para ti.

Pero, lo mismo esas máximas que las de cualquier otra religión, no son más que un derrotero; es como si a un caminante

que nos preguntara su camino para ir a Honduras, saliendo de San Salvador, le respondiéramos: siga usted siempre al Norte. Así, aquel a quien se diga, “ama a tu prójimo como a ti mismo”, si lo hace, está seguro de llevar una vida moral.

Pero la existencia es tan complicada; tanto nos ofuscan los intereses y las pasiones; tales conflictos ocurren entre nuestra razón y nuestros deseos, que a cada paso es necesario que un precepto concreto, sencillo y claro nos venga a trazar la línea de conducta que hemos de seguir.

Por otra parte, la moral evoluciona constantemente; según avanza el individuo o la colectividad, su conciencia va siendo cada vez más delicada, más ilustrada y más severa, y encuentra nuevas aplicaciones a la ley general de la conducta. Actos que fueran indiferentes, son ahora criminosos; acciones que fueron malas, han perdido su carácter de maldad y vuéltose inocentes; hechos que un hombre juzga infames, otro los juzga indiferentes o levemente malos. “Hay una moral, dice Nicéforo, para cada clase social, para cada ciudad, cada barbarie y hasta para las distintas calles de un mismo barrio”. Hay, agregamos nosotros, o suele haber una moral distinta para las diversas perso-

nas de una familia, y hasta una moral diferente para un mismo individuo en las distintas épocas de su vida.

Recordemos algunos ejemplos: la guerra, tenida como acto glorioso y honroso durante milenios, es ahora reputada por la mayoría de los hombres conscientes como un asesinato. El robo, enseñado en Esparta como una virtud, es para nosotros un crimen; la usura, admitida y sancionada por las leyes, es ya, para las personas más cultas, una vergüenza; dirigir una casa de prostitución, de ebriedad o de juego, industrias lícitas para la mayoría, son cosas infamantes para otros. El juego de Bolsa, de Lotería, la venta de libros y cuadros obscenos, la falsificación de medicinas y de comestibles, el oficio de fiscal, de espía, de carcelero, atormentarían la conciencia de ciertas personas de avanzada mentalidad, mientras que satisfacen y hasta enorgullecen a la mayoría de los hombres. Tal señora va de paseo, cuajada de diamantes las manos, y el sombrero desbordando plumas de aves raras; va muy tranquila, sin sospechar que tras ella camina alguien que sabe que los diamantes, el oro, las plumas raras y las pieles finas, no se obtienen sino sacrificando vidas de hombres y animales.

Así, en hecho de moralidad, todos, unos más, otros menos,

andamos entre nieblas; muchos son casi ciegos, y los más padecen miopía o debilidad de visión. ¡Cuán imprescindible es recordar a cada instante y practicar siempre aquellas palabras de un moribundo que desde la cruz en que agonizaba, se adelantó a la ciencia mil novecientos años: “¡Dios mío, perdónales, porque no saben lo que hacen!”

Para el hombre que avanza espiritualmente, su inteligencia y su conciencia son como lentes poderosos, que cada vez concentran mayor número de rayos de luz de un día a otro, esa concentración le hará ver malo lo que hasta ayer creía bueno, y absurdo lo que pensaba ser la verdad.

En *Mi Compañero* pinta Máximo Gorki el dolor del hombre que, habiendo alcanzado una concepción de la vida, muy superior a la de quienes le rodean, se ve escarnecido, tachado de loco, o lo que es peor acaso, incomprendido y desconocido enteramente. Las acciones más bellas, los actos de mayor virtud son entonces para los circunstantes cosas sin sentido, cuya profunda moralidad ni siquiera sospechan. Nos confortará en situaciones tan angustiosas, saber que, como afirma Emerson, no estamos solos sino en apariencia; grandes y bondadosos poderes invisibles nos rodean, y desde el rayo tembloroso del astro que

contempla nuestra soledad, hasta la piedra movediza que rueda bajo nuestros pies, el Universo entero recogerá nuestro esfuerzo, y lo hará germinar, crecer y triunfar.

DECIAMOS que la verdad moral necesita ser constantemente ampliada, definida y esclarecida. Para comprenderlo mejor, examinemos, por ejemplo, qué alcance puede tener el mandamiento, en apariencia tan sencillo, de *no matar*.

¿Ha matado usted? —No —contesta el lector inmediatamente, satisfecho de su honradez, y en efecto, él no le ha dado de puñaladas a ninguno, ni de balazos, ni le ha quitado la vida con veneno ni de ninguna otra manera violenta—. Pero es que *matar*, no significa solamente quitar la vida con violencia: si yo debía vivir setenta años, y por culpa de otros sólo vivo cincuenta, es indudable que me han quitado una parte de mi vida, que me han matado. Hasta ocurrirá que una muerte violenta sea, en realidad, de menos significación para la víctima, que otra ocasionada en forma que se advierta poco: supongamos un anciano de noventa años, sufriendo agudos dolores, y supongamos un hombre de veinticinco años, sano, con familia a quien sostener: ¿qué sería peor, matar de un balazo al primero, o matar en diez años al otro, dándole una alimentación escasa?

Cuanto al matador, su crimen es igual, quizá, pero en cuanto a las víctimas, el segundo puede mucho más.

Y ahora, conteste de nuevo el lector la pregunta: ¿ha matado usted? O mejor, conteste honradamente a estas otras: ¿Cuántas brazadas de más les da usted a sus peones cuando les mide la tarea? ¿No cree usted que ese es demasiado trabajo para un hombre? ¿Y cuánto le paga usted a cada uno por su trabajo? ¿Tendrán con eso para alimentarse bien él y su hijos?

Usted, Ministro de la Hacienda o de la Instrucción Pública, ¿cuánto tiempo hace que los maestros de escuela viven a media ración?

Usted, Ministro de la Guerra, ¿qué piensa de las cuadras en que viven los soldados? ¿Será natural que mueran tantos mendigos, o sea que usted les asolea y fatiga demasiado, les nutre mal y les aloja peor?

Usted, farmacéutico, que vende medicinas para recobrar la salud, ¿está usted seguro de que son puras? Y ese sulfato de quinina y esa sal de frutas, que usted sabe que ya no están buenas, ¿las venderá usted?

Usted, fabricante de café molido, ¿es café, siquiera, lo que

usted vende? ¿Está seguro de que las cosas extrañas que les agrega son inofensivas?

Y ese queso que vende, usted señora, tan podrido y apollado, ¿dará fuerzas a quien lo coma?

Usted, distinguida señora, ¿piensa que la sirvienta a quien hace trabajar sin descanso; a quien regaña y ultraja siempre que usted está de mal humor; a quien no le da jamás un domingo libre, y a quien usted arroja de su casa en el momento en que se le antoja: ¿piensa usted que no contribuye a su muerte?

Y usted, señorita, ¿ha calculado cuánto avanzó la tisis de su costurera por las exigencias de usted para que le acabara luego sus trajes?

Y todos nosotros, sin excepción ninguna, si examinamos nuestra vida diaria, ¿podremos contestar negativamente a la pregunta de si *hemos matado*?

Este mismo análisis aplicado a los otros mandamientos de la moral corriente, mostraría que la Moral, como ya dijimos, es una ciencia compleja y que sus verdades son mucho más difíciles de concretar y detallar que las de otros muchos ramos del saber humano. Día por día, las formas de la organización social varían; las relaciones entre hombre y hombre se modifican, y

así surgen constantemente casos nuevos en que la aplicación de la ley moral necesita ser estudiada y definida.

A este respecto es muy digno de meditarse lo que dice Mauricio Maeterlinck en *La Justicia*, sobre la ceguera profunda y universal de cada época con relación a ciertos actos o modos de ser que más tarde escandalizan al mundo por su enorme inmoralidad. Por ejemplo, los dilatados siglos en que reinó la esclavitud: mientras que filósofos, moralistas, fundadores religiosos y la masa entera de los hombres luchaban por esclarecer y mejorar la conducta, a nadie se le ocurría pensar que toda la vida social estaba viciada, envenenada por el más horrendo crimen: por *la esclavitud personal*.

Igual sucede ahora con el monopolio de la tierra y de la ciencia. Nos parece como normal, sencilla e inevitable que *la mayor parte* de nuestros semejantes carezcan de tierra, y que la ciencia sea el patrimonio de algunos privilegiados. Mientras nos preocupamos por suprimir otros males infinitamente de menos significación, no advertimos que toda nuestra vida social descansa y flota sobre un océano de maldad; el monopolio de la luz y del pan.

Día vendrá en que los hombres apenas lograrán compren-

der cómo ha podido subsistir una sociedad asentada sobre esas dos monstruosas injusticias.

Parécenos haber demostrado que el estudio de la Moral es de los que constituyen la base de la enseñanza racional de todo hombre, y que su importancia no es menos que la del Trabajo, la Higiene y la Medicina.

Tienes que hacer, hombre, una obra trascendental: la más seria, difícil e importante, fecunda en bienes o en males, digna de todo encomio o de vituperio indecible, según la trabajes con yerro o con acierto. Bajo el sol, no hallarás para emplear tus fuerzas otra empresa de mayor responsabilidad, ni encontrarás que a nadie se le haya confiado una obra más significativa.

Tienes que hacer a *tu hijo*. ¿Cómo lo harás? Esta es la cuestión suprema para ti y para los que te rodeamos.

Tu hijo, precisamente tu hijo, puede ser para nosotros instrumento de condenación o de vida.

No pasarán treinta años, y ya tendremos en él un redentor, un guía, un hombre bueno, útil, inofensivo al menos, o un tirano, un azote, un verdugo, un explotador, un egoísta. No hay medio: será para nosotros un bien o un mal, una carga o un beneficio.

Y de eso, tuya será la gloria o la vergüenza.

Nos interesa extremadamente que hagas bien a tu hijo:

haz medianamente, si no puedes mejor, tu libro, tu estatua, tu cuadro, tu gobierno, tu hacienda. Sé mediano, si no puedes ser eminente, y sé vulgar si no puedes ser mediano. Te perdonaremos tu medianía y tu vulgaridad, puesto que, al cabo, no podrás hacernos mucho daño: pasarás con nosotros; más o menos, te desvanecerás en la muerte al mismo tiempo que nosotros.

Pero tu hijo vivirá junto con nuestros hijos, y a éstos no queremos tolerar que se les dañe: son lo más querido de nosotros, las flores de nuestra vida, y no debemos consentir que por negligencia o estupidez quede con ellos un elemento de ruina o de dolor.

Forja bien a tu hijo; pon todas tus fuerzas; junta cuantos rayos de luz vayan dispersos en tu alma y empléalos en esa obra de vida y de muerte.

Si quieres, no tengas ninguna otra cosa, si no puedes, vive oscuro, tranquilo, retirado, y exento de toda lucha. Te exoneramos de todo trabajo social o político, y te concedemos la paz y la libertad, a cambio de que nos dejes *un hombre*.

Pero si nos dejas un malvado; si nos dejas un opresor; un mentiroso, un esbirro, un explotador, un verdugo, un loco, un enfermo, un degenerado, entonces no te absolveremos, y cuales-

quiera que sean tus méritos aparentes, declararemos que nos has defraudado y que tu paso por este mundo ha sido una desgracia.

Te elevarán estatuas; el Gobierno dirá que has prestado grandes servicios, y los diarios harán tu elogio descompasada y estruendosamente; pero ni el oro, ni las condecoraciones, ni las alabanzas harán que te absolvamos. Por encima de toda esa mentira, y a través del bullicio oficial o social, surgirá la verdad, y diremos que tu hijo, *la continuación de ti mismo*, está demostrando la falsedad e inconsistencia de tus méritos.

Si tu hijo es perverso, embustero, vicioso, tú mismo, digan lo que quieran las apariencias y las convenciones, habrás sido, en algún modo, perverso, embustero, vicioso. Acaso nunca el mundo conocerá detallada y concretamente tus flaquezas o tus maldades, acaso la misma posteridad confiese que nada malo se supo jamás de tu vida. Pero, tu propio sér continuado en tu hijo, tu espíritu y tu carne reproducidos en ese retoño, tus inclinaciones, tendencias, hábitos, deseos, aspiraciones, tu alma entera, concentrada y manifestada en tu descendiente, dará testimonio *irrecusable* de lo que *realmente* fuiste.

“Por sus frutos los conoceréis. —¿Cógense uvas de los espinos, o higos de las cambroneras?”

ESTA literatura significa que todo hombre debe ser, necesariamente, un educador, *porque tiene* la obligación ineludible de educar a su hijo.

Abandone, si quiere, en ajenas manos el cuidado de vestirle, formarle en el trato social, instruirle en las ciencias y en las artes; pero cumpla él su tarea de formarle un carácter, de forjar los resortes morales que le harán hombre. Y aprenda a fondo ese arte de la educación, para saber cuándo los guías extraños y mercenarios que dé a su hijo, cumplen con acierto o desacierto el trabajo que les haya confiado.

En una sociedad organizada sobre los principios que dejamos expuestos, la escuela primaria sufrirá profundas modificaciones; probablemente, nada quedará de su forma actual. Porque en una sociedad en que haya para todos un relativo bienestar y la seguridad de vivir a salvo de la miseria, nadie tendrá interés ni necesidad de encomendar a extraños el santo y grato quehacer de educar a sus hijos.

Entonces los niños se educarán en el hogar; si se instruyen

fuera, será sin romper ni relajar los vínculos con su familia. Y como la instrucción ya no consistirá en aprender el sinnúmero de vaciedades con que ahora se idiotiza a los niños, es de suponerse que éstos sólo tendrán maestros, cuando sus facultades mentales hayan adquirido vigor suficiente, cuando ya sean capaces de recibir las lecciones de un verdadero hombre de ciencia.

Sea como fuere, y sin necesidad de anticiparnos a los tiempos, afirmamos que todo hombre que piense reflexivamente y se penetre de la tremenda responsabilidad que asume al criar un hijo, comenzará *desde ahora* a estudiar el arte de la educación. No permitirá ni un día más que el alma de su niño —porque el alma es lo que se forma con la educación— corra enteramente a cargo de otros; no se conformará con que le *informen*, por medio de buenas notas o cualquiera otra clase de papeles, que su niño va bien, sino que sentirá la necesidad de convencerse de que *realmente* va bien. No aceptará para maestros de su niño a todos aquellos que un Gobierno más o menos inepto encargue de la educación pública, sino que investigará si tales maestros saben y quieren educar.

Tal hombre, preocupado a toda hora de que el cuerpo y el

espíritu de su niño no sean envenenados, atrofiados, deformados para siempre, revisará, examinará con solícito cuidado los alimentos corporales y espirituales con que nutren al hijo de su alma y de su carne.

Se hará, pues, un educador, estudiará especialmente la psicología infantil, para conocer las leyes que rigen el desarrollo de la mente y del carácter. Aprenderá la ciencia de crearle al niño buenos hábitos, de extirparle los que sean perniciosos, de combatir las tendencias viciosas, de favorecer las nobles y sanas; aprenderá, en fin, *a influir sobre la herencia por medio de la educación*, que es el más difícil y necesario de los aprendizajes.

Y entonces, cuando los hombres hayan comprendido que su misión es criar hijos sanos y educarles en la bondad; cuando un hombre se avergüence de producir niños enfermizos, desequilibrados, perversos, idiotas o locos; cuando un hombre se complazca y enorgullezca de su trabajo creador y pueda decir a sus conciudadanos ¡venid a ver qué hijos he formado!, entonces, y en el transcurso de tres o cuatro generaciones, todos nuestros problemas quedarán resueltos o simplificados; no habrá más tiranía, ni más ignorancia, ni más miseria. El mundo no habrá llegado a ser un paraíso ni los hombres se habrán convertido en

ángeles; pero este planeta ya no merecerá que se le llame “el trono de la estupidez”, y la vida ya no será ni una desgracia ni una vergüenza.

ESCRITAS estas cartas sin propósito literario y sólo para comunicar a usted y a otros amigos mis ideas sobre el tema propuesto, (*) han salido algo incoherentes en la forma, y en cuanto al enlace de las ideas, no ajustadas a un plan estrictamente lógico. No tienen, pues, otro valor que el de ingenuas pláticas en que la elevación de miras y la sinceridad del pensamiento han de suplir a la casticidad y elocuencia del lenguaje.

Sin embargo, me parece que con un poco de buena voluntad y alguna maña deductiva, podremos sacar de ellas estas conclusiones:

1ª—Que la ciencia es, en la actualidad, un monopolio de las clases dirigentes;

2ª—Que por falta de orientación humana y razonable, lejos de ser un maravilloso instrumento de bienestar para toda la especie, es sólo un instrumento de opresión de unas clases sobre otras, y un arma de combate con que los mismos privilegiados

(*) *¿Qué debe saber un obrero para ser instruído?*

se dañan entre sí. A poco que se reflexione se comprenderá que la instrucción, cuyo fin social es ahora “armar a quienes la reciben para la lucha por la vida” viene a ser como las navajas con que los jugadores arman a sus gallos para que riñan: simplemente un medio de hacer la lucha más cruel y desastrosa. Un abogado de San Salvador lucha con un indio de Panchimalco; le embauca, le enreda y le despoja de su terreno: ese es el caso de un gallo con navaja contra otro sin ella. Dos abogados, o dos periodistas riñen entre sí, se desacreditan, se dañan cuanto pueden: ese es el caso de dos gallos ennavajados. ¡Infeliz y estúpida manera de comprender la instrucción, que vuelve a los hombres hipócritas, y que de la luz, instrumento de libertad y de concordia, hace un instrumento de tiranía y de separación!

3ª—Que a los obreros y a cuantos deseen instruirse con miras elevadas, lo que les importa no es adquirir el bagaje pesado, confuso y atestado de mentiras de la Ciencia Oficial, sino, en primer lugar, adquirir los conocimientos fundamentales que servirán de base a una instrucción racional y humanitaria; en segundo lugar, esforzarse por difundir esos conocimientos entre el mayor número de hombres, y en tercer lugar, empeñarse todos juntos en dar a la ciencia y a la vida una nueva orientación, ha-

ciendo de la Verdad Científica un instrumento de concordia, de auxilio mutuo, de amor entre todos los hombres, en vez de un medio de opresión, de engaño y de explotación como es ahora;

4ª—Que esta nueva orientación de la ciencia es indispensable para realizar y mantener una organización social en que los goces y los sufrimientos se hallen más equitativamente repartidos; una organización que haga de los hombres, si no hermanos, al menos compañeros de peregrinación, y no como ahora; adversarios cuyo triunfo consiste en deprimir, oprimir y abatir a sus semejantes;

5ª—Que para que las verdades científicas y los goces artísticos entren a ser, en lo posible patrimonio de todos los hombres; para que dejen de ser un monopolio, es necesario que todos acepten y cumplan el deber impuesto por la Naturaleza, de trabajar en la satisfacción de nuestras necesidades primordiales: alimentación, casa y vestido;

6ª—Que el primer paso en esta transformación social, ha de ser, necesariamente, la emancipación de la tierra, a fin de que todos los hombres encuentren positivamente en ella, según su derecho indiscutible, una fuente de vida, de libertad y de salud;

7ª—Que, una vez reconocida la necesidad y la posibilidad

de que todos los hombres sean instruídos, su instrucción debe tener por base el conocimiento de las siguientes materias:

Cultivo de la tierra,
Edificación,
Vestuario,
Higiene,
Medicina,
Moral,
Educación.

He aquí las conclusiones, o digamos mejor, *las sugerencias* que se desprenden de estas cartas. Imposible, en el espacio brevísimo de este folleto, hacer otra cosa que señalar un derrotero a usted y a los demás obreros salvadoreños que deseen estudiar estas cuestiones. Por otra parte, hay numerosos y luminosos libros en que pueden estudiar a fondo.

Quedaba, pues, estimado amigo José Mejía, reducida mi tarea a decir a ustedes: me parece que por ahí va el camino. Dios sabe que lo he dicho con toda la sinceridad de mi pensamiento y de mi corazón.

Se trata, como usted lo comprende muy bien, de *una nueva vida*; de una revolución tan grande, tan hermosa y benéfica, que

apenas logra uno persuadirse de que no sea un sueño; se trata de una aproximación al ideal cristiano, la más avanzada que hasta ahora sea dable intentar; se trata de hacer viables, hasta donde lo permite el desarrollo mental y moral alcanzado ya por la especie humana, las concepciones de Jesús y de cuantos libertadores trabajaron por establecer en la Tierra la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Crear en la *necesidad imperiosa y en la posibilidad cercana* de esa *nueva vida*, y trabajar para acelerar su realización, constituye nuestra fe; una fe viva, una religión militante. No vanas fórmulas cuyo sentido interno yace muerto y olvidado, sino un manantial que nos fortalece con sus aguas, nos alienta con sus brisas, nos calma con murmullos, y nos lleva, siguiéndole, a un océano de bienestar y de paz, donde la Humanidad fatigada saciará su hambre de pan y aplacará su sed de justicia.

Locura . . . dirán muchos de los que sin haber estudiado nada, todo lo saben, sin embargo: utopía, desequilibrio, demencia . . . No importa; otros en cambio, pensarán que estas ideas que propagamos, significan que *hemos despertado*, mientras los demás siguen dormidos.

El hecho es que la Humanidad no podría vivir si sus grandes

aspiraciones de justicia no se realizaran de tarde en tarde, si quiera aproximadamente. Cuando ya el ambiente moral está muy viciado; cuando la injusticia llega a hacer la vida *irrespirable*; cuando la aspiración por una vida mejor llega a ser enteramente contraria a la existencia real, entonces se opera una crisis, sobreviene una revolución que hace cambiar de rumbo a la sociedad, y que permite a los hombres seguir viviendo. No otra cosa significan el aparecimiento del Mosaísmo, del Budismo, del Cristianismo, del Mahometismo, de la Reforma de Lutero; como también la supresión del canibalismo, de la esclavitud personal, de la servidumbre, y asimismo la Revolución Francesa. Esos y otros acontecimientos de tamaña o parecida significación, han sido los avances de la Humanidad hacia la Justicia, que es la única fuente de libertad y de bienestar.

Actualmente una de estas crisis se prepara, ha comenzado ya, y de ella va a salir una Humanidad Nueva y Mejor. Así, pues, como los primeros cristianos cuando se referían al próximo advenimiento de Cristo, podemos nosotros exclamar: *¡Maranatha!* ¡el Señor va a venir!

Sí, la Justicia va a descender una vez más a esta pobre Tierra. Saberlo, es una dicha, trabajar en ello, es una gloria.

UNA ADVERTENCIA

A sabiendas, no deseo ofender ni extraviar a nadie. Debo, pues, rectificar un concepto de suma trascendencia. Al final de la página 16^a,(*) refiriéndome a los que viven de *causar daño a los demás*, escribí: “directa o indirectamente, pero de una manera *consciente*, su vida, su fortuna, su éxito, dependen del mal causado a los demás, etc., etc.”

Esa afirmación es exagerada; si fuera exacta, habría para desesperar de los hombres y sería una infamia aceptar la vida. No, los hombres, en la mayoría de los casos, no hacen el mal *conscientemente*.

En las más de las veces su proceder es inconsciente, o proviene de una *semiconsciencia*.

La vida de los hombres no es más que la exteriorización de su estado mental, de su existencia interior; sus acciones voluntarias, proceden de *sus juicios*; pero como sus juicios son, por lo general, deficientes, errados u oscuros, así son también sus acciones.

(*) Página 26, en este volumen, N. del E.

Dice Guyau: “el hombre que piensa de un modo y hace de otro, no piensa sino a medias”. Paréceme que la mayoría de los hombres se hallan en este caso; no piensan sino a medias, y muchos de ellos ni a medias siquiera.

Todavía más: no hay hombre, por inteligente que sea, cuyos juicios, en ciertos casos, no pueden ser tachados de deficientes. Ellos también, algunas veces, no piensan sino a medias, y están sujetos a que sus actos y sus ideales parezcan divorciados.

Esto explica el fenómeno de las conversaciones más extraordinarias. Un San Pablo viene a ser, en virtud de esa ampliación del pensamiento, de esa integración de los juicios, el ardoroso apóstol del cristianismo, después de ser su enemigo más encarnizado.

Ahora bien, hay para todos los hombres, mientras vivan, *la posibilidad de una conversión*; todos, ampliando, esclareciendo, rectificando sus juicios pueden ver surgir instantáneamente un haz de luz de entre las tinieblas, y entonces de su endurecido o enfermo corazón, brotar un manantial de bondad o de esperanza.

De aquí se infiere una estricta regla de conducta, y es que *nuestro deber no es pegar sino predicar*. Nuestro derecho, y lo que conviene al desarrollo moral de la humanidad, no es casti-

gar al que ande errado, sino esclarecerle. Puesto que su yerro viene de ignorancia, lo que procede es iluminarle para que *vea* su yerro, y enderece su camino.

Así, pues, a ningún hombre, a ninguna agrupación de hombres, llámese Gobierno, Clero, Sociedad, Estado, o como se quiera, no le reconocemos derecho de oponerse a una propaganda de ideas sino con las ideas mismas. Por desquiciadora, extraña o perversa que nos parezca una doctrina, mientras se mantenga en el terreno de la propaganda, estamos obligados a no combatirla sino con una propaganda en sentido contrario.

Ideas contra ideas; actos contra actos.

Lo que de ahí se extralimite es tiranía y estupidez, y para el caso, tan tirano y estúpido será el individuo que arroje una bomba contra los que no piensen como él, como las Autoridades que encarcelan o persiguen a quienes, según su infeliz criterio de mandones, “destruyen o alteran el orden social” con doctrinas no conocidas o no aceptadas todavía.

Volviendo a la especie de hombres que viven *inconscientes* o *semiconscientes*, de causar daños a los demás, bastará para que apliquen sus fuerzas a fines más honestos, una rectificación del concepto moral de aquellos entre quienes viven. Desde el

momento en que la sociedad considere menospreciable el oficio de cantinero, de fabricante de licores; desde que la opinión pública repunte indecorosos los oficios de fiscal, de especulador, y todos los demás a que nos referimos antes, se verá apartarse de tales industrias a casi todos los que las ejercen. Porque los hombres, hasta en las sociedades más corrompidas, necesitan, para vivir contentos, del aprecio de los demás.